

RETAZOS DE UNA TARDE DE OTOÑO

En la radio suena “¿A dónde van?” de Silvio Rodríguez. Emilio se despierta con el sonido del viento acariciando las ventanas. Fuera, los árboles mecen sus ramas con la misma lentitud de siempre, pero dentro de su habitación todo parece distinto: los relojes marcan horas que él no reconoce, los muebles dibujan sombras que nunca había visto antes. Se apoya en la barandilla de una cama que siempre viste de blanco y respira hondo, intenta reconocer el olor de la mañana: una mezcla de pan recién hecho, madera húmeda y un perfume que le quiere parecer familiar.

Ha aprendido a moverse entre la confusión. A veces se le olvida por qué está allí, qué ha desayunado, aunque todos los días sea lo mismo, o incluso quién es esa chica que lo visita. Sin embargo, el mundo sigue y se abre ante él con una quietud casi palpable: la luz que entra por la ventana, aunque hay días en los que apenas se deja notar, el sonido que hace la madera bajo sus pies, el ritmo lento pero todavía constante de su corazón. Son detalles simples, insignificantes para otros tal vez, pero él aún los puede retener, y se aferra a ellos como a pequeños salvavidas en medio de un mar lleno de ausencias.

Emilio se sienta en frente de la ventana y como cada mañana, mira el jardín. Aparentemente, todo está en su sitio, y aún así él siente que algo ha cambiado. No está seguro de si es su memoria o es el mundo el que empieza a alterarse, pero se le instala en el pecho una sensación extraña, silenciosa y persistente: la de que algo está a punto de pasar pero él todavía no es capaz de comprenderlo.

A media mañana, mientras se apalanca de nuevo en su sillón junto a la ventana, un olor lo sorprende: tierra mojada mezclada con azahar. Cierra los ojos e intenta situarlo. No viene de la habitación, tampoco del jardín. Y, sin embargo, el aroma le transporta a un lugar que no conoce. Consigue distinguir un sendero rodeado de piedras blancas, un niño corriendo detrás de una cometa que se eleva en el cielo, y escucha una risa de alguien que no es él, pero que le parece conocer desde siempre.

Parpadea, y la visión desaparece. El corazón le late con fuerza, no está seguro de si ha sido un recuerdo o un sueño que se ha colado en medio de su vigilia. Durante días, estas pequeñas escenas se repiten. A veces son sonidos: pasos sobre una madera fría que no recuerda haber

dado. Otras veces son gestos: las manos entrelazadas de un hombre y una mujer. Fragmentos sueltos que tratan de sostener una memoria que cada día se desmorona más rápido.

Sus cuidadores notan que su mirada está perdida y que sus silencios son cada vez más repentinos. “Debe estar cansado”, piensan, o “tal vez sueña despierto otra vez”. Emilio prefiere no discutir, pues tampoco sabe cómo explicar lo que siente. No es dolor, no es miedo; es solo una extraña sensación de familiaridad con esos recuerdos, que lo inquieta. Cada una de estas escenas lo atraviesa, dejándole un eco que sigue ahí mucho después de que desaparezcan.

Comienza a anotar en un papel pequeñas palabras, y nombres que es capaz de recordar, pero que no le pertenecen, lugares que no ha visitado. Cada una de esas letras, cada una de esas líneas son intentos de retener lo que se le escapa entre sus dedos, de darle forma a todo aquello que no puede entender.

Una tarde mientras dobla la colcha sobre la cama, de pronto se ve en otra casa, en otra época. Él no está allí, pero su cuerpo parece sentirlo todo. Camina por un pasillo largo con una alfombra vieja que él nunca habría comprado, escuchando el eco de unos pasos que no son suyos. Al final de aquel pasillo, un niño llora y una mujer, joven y elegante, lo abraza con una ternura que le corta la respiración. No reconoce ni al niño ni a la mujer, pero sabe que los ha querido siempre.

Se incorpora de golpe, aún le tiemblan las manos, y todo desaparece: su habitación, la colcha, el sol, entrando un día más por la ventana. Sin embargo, aún hay algo que permanece: la sensación de haber estado allí, de haber cuidado al niño, de haber sido parte de esas escenas, son demasiado reales como para ignorarlas.

Ya ha pasado un día, mientras le sirven el desayuno, la visión regresa. Esta vez está en un campo abierto, rodeado de hombres que gritan y corren, con el olor a humo y tierra revuelta. Un soldado a su lado le sonríe y le habla en un idioma que no entiende, y aún así parece comprender cada palabra. Siente el cansancio en sus hombros, el miedo en su pecho, la confianza en el simple gesto de un hombro apoyado sobre otro hombro. Cuando vuelve a abrir los ojos, el humo del café frente a él parece demasiado simple, demasiado pequeño, como si el mundo real no pudiera significar todo lo que acaba de vivir.

Emilio empieza a notar algo repetitivo: los recuerdos no son aleatorios. Cada escena, cada emoción, está hecha con hilos invisibles que lo unen con personas y lugares que nunca ha conocido, pero que de alguna manera forman parte de él. Su propia vida, fragmentada por la enfermedad, ya no es suficiente para explicar lo que está sintiendo. Y, sin embargo, no hay dolor; solo una extraña mezcla de extrañeza y pertenencia, como si estuviera tocando algo más grande que él mismo.

Con el tiempo, los recuerdos dejan de aparecer como destellos breves. Ya no son solo escenas aisladas: forman una corriente, un río de vidas y emociones que fluye dentro de él. Emilio ya no necesita esforzarse para recordarlos; solo cierra los ojos y se deja llevar. Siente la risa de sus abuelos, los llantos de hermanos que nunca tuvo, la calma de una madre, que acaricia su rostro con manos, que no reconoce. Cada fragmento se une a otro, tejiendo, un tapiz imposible de comprender por completo, pero que él reconoce como propio.

Descubre que su identidad no es un territorio cerrado, sino un punto de encuentro. No está solo en sus recuerdos, porque nadie lo está jamás. Cada vida que se desvanece al abrir los ojos deja un eco en su ser, y al final comprende algo que lo llena de una paz inesperada: lo que somos, no se define solo por lo que recordamos, sino también, por lo que nos recuerdan, por el legado que recibimos y que, de algún modo, continuamos transmitiendo.

Es una nueva tarde, mientras observa el jardín y ve nuevamente al niño tras un campo de girasoles. No siente sorpresa ni miedo; ahora lo reconoce como parte de él, aunque nunca haya existido realmente. Es uno de tantos hilos que lo unen a un río más amplio, una memoria colectiva que trasciende los nombres y los rostros, los tiempos y los lugares. Se permite sonreír. No necesita entenderlo todo. Lo importante es sentirlo: estar vivo en las memorias de otros, y dejar que esas memorias lo sostengan a él.

Por la noche, Emilio se recuesta en la cama con los ojos abiertos, pero ya no intenta distinguir lo que es suyo de lo que no lo es. La oscuridad está llena de presencias invisibles: risas, que no recuerda, voces que no ha oído, manos que nunca ha estrechado. Y, sin embargo, siente que lo rodean, que forman parte de él, como raíces que sostienen un árbol sin que este las viera.

Por un instante, cree escuchar su propio nombre, pero no está seguro de ser él quien lo pronuncia. Tal vez alguien lo recuerde, tal vez es él quien lo recuerda, o quizá las memorias simplemente existen en una corriente continua que nadie puede detener ni poseer. Emilio

cierra los ojos, dejando que las imágenes, los colores, los pasos y los abrazos, lo atraviesen sin resistirse. Cada recuerdo, ajeno o propio, se mezcla con el siguiente, como un río que nunca deja de fluir.

Sonríe de manera sutil. No necesita comprender, ni recordar con precisión. Todo lo que ha vivido y todo lo que ha sido legado forma ahora algo indestructible. Es parte de un tejido más grande, un eco que continuará incluso cuando él ya no esté. No hay miedo, no hay soledad. Solo la certeza de que vivir no es solo poseer recuerdos, sino ser recordado, y que nuestra memoria nunca está sola: siempre es un eco de todos los que estuvieron antes y estarán después.

Y mientras las noches avanzan, Emilio, se deja mecer por el frío invisible de memorias que lo habitan, con la calma de quien comprende que no existe una frontera entre lo propio y lo heredado, entre lo que se olvida y lo que perdura. Él ya no recuerda todo, y no le importa, porque, de algún modo misterioso, está siendo recordado, siempre, por los hilos invisibles que tejen la memoria colectiva a su alrededor. En la radio suena "El sitio de mi recreo" de Antonio Vega.